

CAPÍTULO XXIV

Sitio y ataque de Túnez. – Sorpresa del campamento de Aníbal por Mato. – Muerte de éste. – Batalla decisiva. – Cesión de Cerdeña a los romanos.

La mencionada victoria (año -239) volvió a inspirar en los cartagineses mejores esperanzas para el futuro, en medio de que ya se hallaban privados de todo remedio. Más tarde, Amílcar, Naravas y Aníbal batieron la campaña y las ciudades. Sometidas las más de éstas con la rendición de los africanos, a quienes la victoria anterior hacía pasar a su partido, llegaron a Túnez y emprendieron sitiar a Mato. Aníbal asentó su campo delante de aquel lado de la ciudad que mira a Cartago, y Amílcar el suyo al lado opuesto. Después, llevando a Esendio y demás prisioneros cerca de los muros, los crucificaron a la vista de los enemigos. Mato, que se apercibió del descuido y exceso de confianza con que Aníbal se portaba, ataca su atrincheramiento, da muerte a muchos cartagineses, hace abandonar el campo a los soldados y se apodera de todo el bagaje. Coge vivo al mismo Aníbal, le conduce al instante a la cruz que había servido para Esendio y, luego de los más excesivos tormentos, quita a aquél, sustituye a este vivo en su lugar y degüella a treinta cartagineses, los más ilustres, alrededor del cuerpo de Esendio: como si la fortuna de intento anduviese ofreciendo ocasiones alternativas a una y otra ar-

mada de ejecutar entre sí los mayores excesos de venganza. Llegó tarde a conocimiento de Amílcar la irrupción de los enemigos, por la distancia que había entre los dos campos, y ni aun después de sabida acudió en su socorro, por las dificultades que mediaban en el camino. Por lo cual, levantando el campo de Túnez, llegó al Mácara y se apostó a la desembocadura de este río en el mar.

La noticia de esta inopinada derrota volvió a abatir y consternar a los cartagineses. Recobrados hasta aquí algún tanto los ánimos, cayeron otra vez en el mismo desaliento. Pero no por eso desistieron de aplicar los remedios conducentes a la salud. Enviaron al campo de Amílcar treinta personas que escogieron del Senado, al capitán Hannón que ya había mandado en esta guerra y a todos los que habían quedado en edad de llevar las armas, ya que éste era el último esfuerzo. Recomendaron encarecidamente a los senadores que ajustasen de todos modos las anteriores diferencias de los dos jefes, y les persuadiesen a obrar de concierto, presentarles el estado actual de la República. Después que por medio de muchas y diversas conferencias reunieron a Hannón y a Amílcar en un mismo lugar, consiguieron de ellos el que se aviniesen y rindiesen a sus persuasiones, y en consecuencia unánimes en los pensamientos obraron en todo a beneficio del Estado. Mato, o bien se le armasen emboscadas o bien se le persiguiese, ya alrededor de Lepta, ya alrededor de otras ciudades, saliendo siempre con lo peor en estos particulares encuentros, resolvió al fin que una acción general decidiese el asunto, partido que acogieron con gusto los cartagineses. Con este fin, unos y otros convocaron a la batalla a todos sus aliados, y reunieron las guarniciones de las ciudades, ya que iban a aventurar toda su fortuna. Cuando todo estuvo dispuesto para la empresa, se ordenaron en batalla y vinieron a las manos de común acuerdo. La victoria se inclinó del lado de los cartagineses. Los más de los africanos perecieron en la misma acción; los demás se salvaron en cierta ciudad, y poco después se rindieron. Mato fue apresado vivo.

Después de la batalla las demás partes del África se entregaron al instante al vencedor; sólo las ciudades de Hipozarita y Útica, privadas de todo pretexto para implorar la paz, ya que desde sus primeros arrojos no habían dejado lugar al perdón y misericordia, persistieron en la rebelión. Tan conducente como esto es aún en semejantes yerros guardar siempre moderación y no dejarse llevar de grado a excesos irremisibles. Pero lo mismo fue acampar Hannón delante de la una, y Amílcar delante de la otra, que al instante las forzaron a pasar por los pactos y condiciones que los cartagineses quisieron. Finalmente, la guerra de África, que había puesto en tantos conflictos a los cartagineses, se terminó con tales ventajas, que no sólo recobraron el dominio del África, sino que dieron a los autores de la rebelión el merecido castigo; pues celebrando por último la juventud cartaginesa el triunfo por la ciudad, hizo sufrir a Mato y sus compañeros todo género de oprobios.

Tres años y cerca de cuatro meses duró la guerra de los extranjeros con los cartagineses, guerra que excedió muchísimo en crueldad y barbarie a todas las otras de que tenemos noticia. Mientras tanto los romanos, convidados de los extranjeros de Cerdeña que habían pasado a su partido, concibieron el designio de pasar a esta isla. Los cartagineses llevaron esto muy a mal, ya que tenían mejor derecho al dominio de Cerdeña; y estándose aprestando a tomar venganza de los que la

habían entregado, los romanos tomaron de esto motivo para declararles la guerra, bajo el pretexto de que no realizaban los preparativos contra los sardos, sino contra ellos mismos. Mas los cartagineses, que habían salido de la guerra precedente como por milagro y en la actualidad se encontraban imposibilitados del todo de suscitarse por segunda vez la enemistad de los romanos, cediendo al tiempo, no sólo evacuaron Cerdeña, sino que les añadieron mil doscientos talentos para evitar el sostener una guerra en las actuales circunstancias. Así ocurrieron estas cosas.